

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo. Gen. Cap. II, v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

## DOMINICA 3.<sup>a</sup> DE CUARESMA.

*Cum spiritus inmundus exierit de homine, ambulat per loca larida, quærens requiem et non inveniens dicit: Revertar in domum meam unde exivi.*

LUC. XI, 24.

Cuando el espíritu inmundo ha salido de un hombre, anda por lugares secos buscando reposo, y cuando no lo halla dice: Me volveré á mi casa, de donde sali.

Todos los pecados capitales, son como fuentes ponzoñosas y raíces corrompidas de otros vicios y pecados, pero la lujuria tiene de suyo condicion deletérea, horrible fecundidad y poderosa virtud para herir mortalmente al hombre en el cuerpo y en el alma.

Cuando el espíritu de inmund-

icia se apodera de un hombre, no hay entendimiento que pueda comprender ni lengua capaz de expresar los estragos que causa este demonio en todas las esferas de la vida.

Vamos á exponer hoy todo lo que hay de repugnante y mortífero en el pecado de lujuria. De buen grado sellaria mis lábios por no tratar un asunto tan delicado y peligroso, pero no es posible callar en presencia de un enemigo que va sembrando por todas partes la desolacion y la muerte.

Yo habré conseguido mi objeto si logro haceros ver á la luz de la fe, y de la experiencia *la deformidad de este pecado y sus horribles consecuencias.*

Repito que de buen grado sellaria sus lábios el ministro de un Dios infinitamente santo, si no estuviese obligado á levantar

su voz contra los vicios reinantes y á procurar con todas sus fuerzas la gloria de Dios y la salud de las almas, último fin de la predicación cristiana, según San Pablo.

Apremia la necesidad de clamar alto y sin descanso, *clama, nececes*, contra un pecado que ofende la santidad de Dios y rebaja hasta el nivel de los brutos la dignidad y grandeza del hombre, rey de la creación.

La deformidad de este pecado es imponderable porque se opone á Dios Creador, á Dios Redentor y á Dios Santificador, de manera que el lujurioso hecha por tierra la obra de la Creación que se atribuye al Padre, la obra de la Redención que se atribuye al Hijo y la obra de la Santificación que se atribuye al Espíritu Santo. Oid, oid y pensad de corazón. Sois obra de Dios, su obra predilecta, la cúpula del portentoso edificio de la creación, la síntesis de las maravillas creadas, el centro vivo de los beneficios celestes, porque habeis sido formados *á su imagen y semejanza*. De tierra pura hizo el Señor nuestro cuerpo, maravilla estupenda de su infinita sabiduría, y en este cuerpo puro infundió con su vivificador y purísimo aliento un espíritu puro, un alma nobilísi-

ma, dotada de entendimiento, memoria y voluntad, retrato de su divina hermosura, imagen y semejanza de su Unidad sustancial en su Trinidad personal. ¿Y qué hace el lujurioso, qué haceis vosotros cuando os entregáis á sensualidades y disoluciones? Destruir la obra de Dios, porque Él os ha hecho reyes del mundo visible y os convertís en viles esclavos de Satanás, porque os dió un cuerpo puro y puso en él como en un sòlio immaculado su imagen y semejanza, y vosotros haceis de vuestro cuerpo un lodazal, porque os puso en el lugar más alto de la Creación, ciñó vuestra frente con diadema de gloria, y os hizo poco menos que ángeles, y vosotros, cometiendo ese feo pecado os colocáis al lado del jumento y del mulo que no tienen entendimiento. Hé aquí la injuria que haceis á Dios Padre.

Para limpiar y ennoblecer nuestra naturaleza, para restaurar su obra predilecta, para santificar la sangre de pecado que corría por nuestras venas y la carne de corrupción en que vivíamos, para redimir nuestra alma de la esclavitud del demonio, para levantar del cieno esa perla de su predilección, para embellecer ese retrato de su divina hermosura, para restablecer la

armonía, hija del orden, haciendo que el espíritu dicte órdenes á la carne, la razón á los sentidos, el alma al cuerpo y que el hombre, y por medio del hombre todas las criaturas obedezcan á Dios y le sirvan, para rehacer todo el plan de la universal armonía, bajó de su trono el Unigénito del Padre, tomó nuestra naturaleza, la unió á su divinidad, y nos hizo miembros suyos, y lo somos en verdad, en cuanto al cuerpo y en cuanto al alma, recibiendo de su plenitud la gracia, la pureza, la hermosura, la integridad, la vida espiritual y divina. Pero ¿qué haceis cuando os entregais al despotismo de la carne? *Tollens membra Chisti faciam membra meretricis?* ¿Cómo! Jesucristo es vuestra cabeza; vuestros cuerpos son miembros de Cristo, ¿y no temeis profanar el cuerpo de Cristo? Y habeis de convertir esos miembros que son de Cristo en miembros de una prostituta? ¿Y habeis de convertir vuestro cuerpo que Cristo hizo vaso de honor en vaso de ignominia? ¿Y habeis de arrastrar vuestros cuerpos santificados por el Redentor, habeis de arrastrarlos por el cieno y la inmundicia? *Absit.* No cometais un pecado que destruye la obra de Cristo, la obra de la Reden-

cion, consumada con tanto trabajo, á costa de su sangre y de su vida. *Absit.* Luchad con varonil esfuerzo contra el pecado de impureza, y decid como los mártires: *Potius mori quam fædari*, antes morir que mancharnos con un crimen que no solo se opone á Dios Padre y á Dios Hijo, sino que destruye la obra del Espíritu Santo.

Dios Padre nos ha hecho á su imágen y semejanza; pero pecamos, y Dios Hijo nos levanta de nuestra miseria, nos redime al precio de su sangre, y el Espíritu Santo consume con su gracia la obra de la Redencion, santificando nuestras almas, hermoséandolas con el pincel de su caridad, y realzando su belleza sobrenatural con los dones, virtudes y bienaventuranzas, tesoros divinos que derrama en ellas con profusion, haciendo de cada hombre redimido y santificado, un hijo de Dios, espejo, morada y tabernáculo de la Santísima Trinidad. Pero ¿qué hace el lujurioso? ¿Qué haceis hermanos míos, cuando ciegos y desalentados os entregais á las pasiones de la carne? Cidlo y temblad, y horrorizáos: El Apóstol os dice que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo y que no son vuestros sino

de Dios (1); y vosotros habeis hecho del templo del Espíritu Santo una cueva de horrendos vicios, y esa joya que no es vuestra la habeis arrojado en las inmundicias de la carne. Y de vuestra alma ¿qué habeis hecho? Era una perla brillantísima y la habeis convertido en un carbon horrendo, era libre y la habeis hecho esclava, era hermosa y la habeis afeado, era de Dios y la habeis entregado al demonio, iba por el camino del cielo y la habeis empujado por los derrumbaderos del vicio que conducen al infierno.

Si no hubieseis perdido el temor de Dios y el sentido cristiano que es el sexto sentido del hombre, ¿no sentiríais horror profundo hácia un pecado que es la mas atroz injuria de la magestad santísima de Dios, la ingratitud mas horrible y la mas grande provocacion de su justicia? Pero si no quereis detestar este pecado por la deformidad moral que lleva consigo, quizá os movais á detestarlo por los horribles estragos que son su inevitable cortejo. Oid, pues, *las consecuencias* de la lujuria y tened compasion de vosotros mismos.

Las Santas Escrituras ofrecen

á nuestra consideracion un cuadro de las desdichas que esperan al lascivo, tan horrible y espantoso que no es posible contemplarlo sin estremecimiento. Este pecado anegó al mundo en un diluvio, y redujo á un lago cenagoso cinco célebres ciudades, y precipitó al abismo los mas poderosos imperios. Este pecado derribó á David, á Salomon, á Sanson, á Amon y á otros muchos varones esclarecidos por su santidad, que arrastrados por esta pasion vergonzosa é infame cayeron en el abismo de la degradacion y de la miseria. Y se cumple á maravilla la palabra del Espíritu Santo cuando dice que la lujuria deja al hombre sin corazon (1), y que le heredarán la podredumbre y los gusanos (2) y como el hijo pródigo disipa toda su legitima viviendo lujuriosamente, y aunque parezca vivo, se halla ya muerto. Sí, la lujuria disipa todos los dones de la naturaleza y de la gracia. Así como la castidad y la pureza dan á los cuerpos vigor, robusted y lozanía, la lujuria enerva las fuerzas físicas, envenena la sangre, agosta la flor de la hermosura, á la tierna edad la deja sin gracias, á

1 1.ª ad Cor., VI.

1 Ecl. XXIII.

2 Ibid. XIX.

la virilidad sin fuerza y á la vejez sin juicio. La lujuria entorpece las facultades mentales, apaga la antorcha de la razón, debilita la memoria, embota el sentimiento corrompe la voluntad, y como dice Séneca no hay cosa mas mortífera para los ingénios (1).

De manera que este vicio infame reduce al hombre á la triste situación del hombre del Evangelio que estaba sordo, ciego y mudo á causa de la tiranía del espíritu inmundo. La lujuria embrutece, degrada y corrompe, destruye los dones de la naturaleza, y viene á ser como túnica de fuego que consume y devora hasta los héroes. ¿No os lo muestra la experiencia con sus lecciones tan elocuentes como dolorosas? ¿No hablan los hechos con mas elocuencia que todos los discursos? Observad, atended, y vereis el campo del mundo cubierto de víctimas. ¿Quién ha engendrado esas dolencias y esas enfermedades y esas complicaciones que desconciertan á la ciencia médica y desmienten los aforismos mejor comprobados y esterilizan los medicamentos mas eficaces? ¡Ah! El vicio de la lujuria, los placeres sensuales

envenenan la vida, y están convirtiendo el mundo moderno en un inmenso hospital, lleno de enfermos que voluntariamente se arrebatan la vida del cuerpo y la vida del alma.

Si, la vida del alma que es la gracia y la virtud. No tengo tiempo para describir todas las ruinas que causa en el órden espiritual el vicio de la lujuria. Es un fuego devorador que consume hasta el gérmen de las virtudes. *Ignis est usque ad perditionem devorans, omnia eradicans genimina.* Fuego es que devora la fe, la esperanza, la caridad, la prudencia, la justicia, la templanza, los dones de Dios y todos los frutos del Espíritu Santo. Fuego es que enciende las concupiscencias, los ódios, las discordias, las venganzas; fuego destructor que destierra la fidelidad conyugal, degrada la familia y hace germinar todos los vicios, todos los crímenes que tienen consternada á la sociedad. *Ignis est.* Fuego es que enciende las hogueras infernales y las alpara vencer vuestras pasiones. Arrojad de vuestro corazón al espíritu inmundo, y no permitais que vuelva á ocupar la casa de vuestra alma. Conservad la joya de la pureza con la cual compraries el reino de los cielos, que es-

1 In lib. 1.º Declam.

menta con la multitud de almas que se condenan á causa de este pecado vergonzoso; pues está escrito que nada manchado entrará en el cielo, que los inmundos, los fornicarios, los adúlteros y los deshonestos no verán la cara de Dios. Habeis visto la enormidad de este pecado y sus horribles consecuencias.

Aplicad el remedio á tan grave mal. Pensad en la deformidad de este pecado que os hace enemigos de Dios, desdichados en el tiempo y en la eternidad. Meditad en los castigos que Dios envía á los impuros y en el fuego del infierno, dispuesto para castigar las inmundicias de la carne. Evitad la ociosidad, las malas compañías, las conversaciones inmorales, las diversiones peligrosas, y los bailes modernos donde se enciende el fuego de las pasiones y se dá rienda suelta al corazón, á los sentidos y á la carne. Luchad contra los malos pensamientos, buscad en la oración la luz y en la confesión y comunión la fuerza necesaria para vencer en las batallas de la pureza donde la lucha es cotidiana y muy rara la victoria por falta de vigilancia cristiana. Sed devotos de la reina de la pureza y de S. José su castísimo esposo, y alcanzareis auxilios eficaces

ta prometido á los limpios de corazón. Amen.

La reputación de los hombres se parece á los rayos del sol que atraviesan vidrios pintados: toman siempre el color del que la comunica.—*Montesquieu.*

La cordura prohíbe creer todo lo que se oye, hacer todo lo que se puede, decir todo lo que se sabe, y gastar todo lo que se posee.—*V. Gousin.*

MARÍA DE RUDENZ.

LEYENDA FANTÁSTICA ALEMANA.

II.

*Una triste historia.*

Rodeada de abetos frondosos, sobre un terreno húmedo, se elevaba una cruz de piedra ennegrecida y medio cubierta de verde moho.

Al pié de la expresada cruz, en una grande lápida sepulcral, se leía, esculpido en caracteres godo-alemanes, este nombre: «María de Rudenz,» y debajo «Rogad por ella.»

En aquel lugar de muerte reinaba una perpétua oscuridad, pues los árboles impedían que penetrase en él el sol, que raras veces se hacía lugar entre el cielo plomizo que cobijaba los dominios de Rudenz.

—Esta es la tumba de la monja sangrienta, dijo Dorotea, su sola vista hace estremecer. ¿Sabes su historia Ulrico?

—No, contestó el jóven, sólo



sé que dicen que se aparece algunas veces una alma en pena, y que dá la vuelta por las arruinadas murallas de Rudenz.

—Pues escucha, dijo Dorothea, y despues verás si era prudente lo que me pedias, que vistiese el traje de la monja sangrienta para huir del castillo.

Hé aqui la lamentable historia de María de Rudenz:

Era en época del emperador Carlos V de Alemania y I de España, cuando algunos caballeros de esta tierra siguieron á España al emperador.

El Sr. de Rudenz fué uno de ellos, y un dia que el soberano visitó un convento, no se sabe cómo fué que el Sr. de Rudenz se prendó locamente de una novicia llamada María.

Dicen que acudió á malas artes: pero lo cierto fué que escalando las paredes del monasterio, robó á la religiosa y se la llevó consigo á Alemania, donde, ocultando su precedencia, María fué la esposa del señor de Rudenz. Pero pronto los remordimientos mas crueles asaltaron á la infeliz jóven; y un dia, al llegar el señor á su castillo la encontró vestida con su blanco hábito de estameña, y arrojándose á los piés de su marido, dijo:

—Déjame volver á España á

pedir perdon á Dios y á los hombres por mi sacrilegio, pues temo que mi fin será fatal.

Furioso se puso el señor de Rudenz, y dijo á María que no se atreviese á volver á vestir el hábito, de lo contrario, no respondia de lo que iba á suceder.

Salió un dia el caballero muy de mañana de su castillo, y al volver á él, encontró á su arrependida esposa vestida de hábito y preparándose para partir.

Hubo una escena tumultuosa entre ambos.

—No saldrás de Rudenz, decia el marido; primero te mataré.

—Antes que ser sacrilega, contestó ella con entereza, antes que vivir como ahora ofendiendo á Dios á cada instante, prefiero morir.

Y abriendo la puerta, y tomando una linterna, pues se habia hecho de noche, se dirigió hácia las murallas del castillo y se alejó de su marido diciéndole:

—No nos veremos mas.

—En este mundo nó, gritó él fuera de si agarrando su puñal y sepultándolo en el corazon de la infeliz, la cual cayó al pié de la muralla con el blanco hábito cubierto de sangre y gritando:

—Mi sombra te perseguirá eternamente. Y espiró.

El cadáver fué recogido, pero no se le sepultó en lugar sagrado, atendido el sacrilegio cometido. Su tumba es esta.

El Sr. de Rudenz, perseguido por la sombra de su esposa, huyó del castillo como un loco; y tomando parte en las guerras que el emperador tenía con Francia, se arrojó el mismo contra las armas enemigas y murió al primer encuentro, sucediéndole los ascendientes de mi padre en su herencia.

A contar de entonces, se aparece el fantasma de la monja sangrienta.

En ciertos días María de Rudenz abandona su tumba y pasea por el parque, sube á las murallas, da vuelta á ellas y, penetrando en los corredores del castillo, llega hasta su aposento y desaparece en él, evaporándose como el humo.

—Esto es lo que se cuenta, añadió estremecida Dorotea, y no falta en el castillo y en toda la comarca quien jura haber visto el espectro de María de Rudenz con su linterna encendida en una mano, su puñal sangriento en la otra, cubierto el rostro con velo negro y con su hábito blanco manchado de sangre.

—Nada creo de esta historia de aparecidos, dijo Ulrico; y supues-

to que e todos la creen, es el único modo que tú puedas huir conmigo; de lo contrario, vigilada como estás, no podrás salir del castillo.

—¡Teheta! ¡Teheta! gritó una voz de mujer, ¿dónde estás?

—Mi nodriza, dijo Dorotea. ¡Oh, Dios mío, soy perdida! En casa habrán notado mi ausencia.

—¿Y seguiremos siempre así? dijo con dolor Ulrico.

—No, no. Yo no puedo vivir sin tí.

—¿Vendrás mañana á las doce de la noche?

—Sí.

—¡Teheta! ¡Teheta! ¿En dónde estás? gritaba la nodriza: tus padres te llaman y ya salen del castillo.

—Te aguardaré con mi coche debajo de las murallas, dijo el joven tomando sus dos manos y estrechándose las, y mañana se mi esposa, mi para siempre.

—Vendré, dijo Dorotea; pero vete, por Dios, ó soy perdida.

La nodriza compareció.

—Gracias á Dios que te encuentro, dijo la buena mujer, y añadió: tus padres lo sospechan todo y van á mandar cerrar el parque.

(Concluirá).